



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Domingo 2 de julio de 2000

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. El viernes pasado celebramos la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, *el Corazón* que hace dos mil años comenzó a latir en el seno de María santísima y que trajo al mundo el fuego del amor de Dios.

El Corazón de Cristo encierra un mensaje para todo hombre; habla también al mundo de hoy. En una sociedad, en la que la técnica y la informática se desarrollan a un ritmo creciente y la gente se siente atraída por una infinidad de intereses, a menudo contrastantes, el hombre corre el riesgo de perder su centro, el centro de sí mismo. Al mostrarnos su Corazón, Jesús nos recuerda ante todo que allí, en la intimidad de la persona, es donde se decide el destino de cada uno, la muerte o la vida en sentido definitivo. Él mismo nos da en abundancia la vida, que permite a nuestro corazón, endurecido a veces por la indiferencia y el egoísmo, abrirse a una forma de vida más elevada.

El Corazón de Cristo crucificado y resucitado es la fuente inagotable de gracia donde todo hombre puede encontrar siempre, y particularmente durante este año especial del gran jubileo, amor, verdad y misericordia.

2. *La Sangre de Cristo nos ha redimido.* Esta es la verdad que proclamamos precisamente ayer, al inicio del mes de julio, dedicado tradicionalmente a la preciosísima Sangre de Cristo, con ocasión del jubileo de la Unión *Sanguis Christi*.

¡Cuánta sangre se ha derramado injustamente en el mundo! ¡Cuánta violencia, cuánto desprecio

por la vida humana!

Esta humanidad, a menudo herida por el odio y la violencia, necesita experimentar, hoy más que nunca, la eficacia de la Sangre redentora de Cristo. *La Sangre* que no fue derramada en vano, sino que contiene en sí toda la fuerza del amor de Dios y es prenda de esperanza, de rescate y de reconciliación. Pero, para sacar de esta fuente, es necesario volver a la cruz de Cristo, fijar la mirada en el Hijo de Dios, en *su Corazón* traspasado, en *su Sangre* derramada.

3. Al pie de la cruz estaba María, copártcipe de la pasión de su Hijo. Ella ofrece su Corazón de Madre como refugio a todo el que busca perdón, esperanza y paz, como nos lo ha recordado la fiesta de su Corazón Inmaculado. María enjugó la sangre de su Hijo crucificado. A ella le encomendamos la sangre de las víctimas de la violencia, para que sea rescatada por la que Jesús derramó para la salvación del mundo.